

El jueves 26 de octubre de 1989, el actual director de la Casa del Lago, el muy joven y talentoso escritor Rafael Segovia Albán, ofició uno de los actos celebratorios de los 30 años del funcionamiento de ese bellissimo lugar, ubicado en el antiguo Bosque de Chapultepec, como dependencia cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México (La Casa del Lago "fue construída -nos recuerda Alberto Dallal en la entrega correspondiente a ese mismo mes de "Los universitarios", órgano de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM- para recibir a las delegaciones extranjeras que asistirían a las Fiestas del Centenario de la Independencia, o sea que su erección se detecta (sic) a partir de 1910. El sitio -continúa Dallal, de quien el Departamento Editorial de la Universidad Veracruzana publicara su pieza teatral *El hombre debajo del agua*- fue ocupado posteriormente por el Automóvil Club de México, centro de reunión de una incipiente aristocracia mexicana, misma que también incipientemente incursionaba en las carreras de vehículos. Más tarde albergó al Instituto de Biología de la UNAM; puede uno imaginarse las oficinas, las aulas y algunos laboratorios en los que habría ajolotes y viborillas pululantes, animales raros encerrados en botellas llenas de alcohol, muestrarios de insectos y plantas, etcétera"). Entre el público asistente a tan emotiva sesión en honor de quien esto escribe, destinada a recordar su gestión como coordinador de las actividades culturales de la Casa del Lago, acto presidido por José María Pérez Gay, Alberto Paredes y Raúl Falcó, se hallaba -amén

de la actriz Marta Verduzco, el poeta Francisco Hernández, los musicólogos Esperanza Pulido y Juan José Escorza, responsable este último de los destinos del CENIDIM...- la escritora recientemente fallecida Inés Arredondo, de quien *La Palabra y el Hombre* recogiera uno de los textos breves más intensamente hermosos de su último libro de relatos *Los espejos*, texto titulado "Los hermanos", así como noticia de la presentación de ese volumen en la Casa de las Brujas a cargo de José María Espinasa, Elena Urrutia y Carlos Montemayor y un prólogo a sus obras completas (coedición de Siglo XXI y de Difocur-Sinaloa, coordinada por el poeta Jaime Labastida) que reunía los tres espléndidos libros narrativos -*La señal*, 1965, *Río Subterráneo*, 1979, Premio Xavier Villaurrutia de ese año, y *Los espejos*, 1988, que tuviera la gentileza de dedicar "en orden alfabético" a Humberto Batis, Juan García Ponce y Juan Vicente Melo- precedidos por *La verdad o el presentimiento de la verdad*, páginas originalmente aparecidas en el número 206 de "La Cultura en México", suplemento de la revista "Siempre!", y que también figura en un volumen editado por Joaquín Mortiz que compilaba las confesiones, más o menos indiscretas, de muchos escritores mexicanos, y continuados por un imprescindible *Acercamiento a Jorge Cuesta*; prólogo que por oscuras razones postales no pudo cumplir su objetivo original ya que alcanzó destino certificado cuando la publicación se encontraba en avanzado proceso. Esa noche, Inés Arredondo se presentó en compañía de su esposo el Dr. Carlos Ruiz y acomodada

en una silla de ruedas especial en la que aminoraba los seguramente terribles dolores físicos que padecía desde tiempo atrás; repartió bondadosamente no sólo sonrisas y frases amables sino encendidas frases de admiración por una labor cultural que la atañía en carne viva y valiosos consejos referentes al arduo oficio de escribir (y, por tanto, de vivir, ya que una y otra tarea resultan sinónimos, "espejos" para mirar y ser mirado). Una noche después de tan calurosa recepción, Inés Arredondo tuvo a bien organizar una cena en su domicilio particular, agasajo para el responsable de estas cuartillas, que ella coordinó personalmente con envidiable amor fraternal (enviable para los demás, por supuesto, mas también para J.V.M. que comprueba, cotidianamente, la ausencia física de ese grandísimo afecto, siempre presente en las comúnmente denominadas "buenas", "regulares" y "malas" ocasiones). Se "tomaron" las que tal vez serán últimas fotografías de Inés Arredondo (Culiacán, 20 de marzo de 1928- México, D.F., 2 de noviembre de 1989), documentos ahora de gran valor, se brindó repetidamente por el éxito tanto de la beca a ella otorgada por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes como para las actividades de la Coordinación de Difusión Cultural del H. Ayuntamiento de Veracruz, se comprobó el crecimiento incesantemente progresivo del sólido, entrañable y aleccionador compañerismo cariñoso que nos unía y me despedí de ella con besos en la frente, las mejillas y las manos con la promesa de vernos pronto (pues la urgencia de intercambiar opiniones y sentimientos transitaban del auténtico elogio mutuo hasta la alabanza a Katherine Mansfield pasando por la grandeza y miseria de los nacidos, como ella y yo, bajo el signo de Piscis). Pocos días

después, telefónicamente, Juan García Ponce me trasmitió la noticia de su desaparición física.

Rememorar aquí las múltiples y diversas, nunca suficientes, oportunidades en que gocé del afecto, la dulzura, las enseñanzas de Inés Arredondo, resultan, estimo, reflejos pálidos de una camaradería que distinguirá afortunadamente el resto de mi vida terrenal y la que orgullosamente humilde llamo mi obra, sostenida por asuntos fundamentales en la narrativa de esta excepcional escritora y que mi temática comparte: el pecado, la afrenta, la soberbia, la locura... Sin duda (ojalá sea pronto) plumas muy diversas desentrañarán estos rasgos que parecen inéditos, así de original es su tratamiento, sin alcanzar felizmente nunca el misterio que inunda sus relatos -no negrura tramposa sino radiante misterio que semeja a un sol oscuro de tan rotundo; por el momento deseo expresar mi agradecimiento por la fortuna de haber compartido un tiempo de Inés Arredondo e intentar el logro de un anhelo largamente esperado por ambos; aprender a mirar con los labios, a seguir, escribiendo, a bendecir la suerte de estar vivo los días que se inician con una señal.

(Ya para entregar estas deshilvanadas líneas, leo, emocionado pero feliz, el "Sábado" del 11 de noviembre de 1989, consagrado en su casi totalidad a Inés Arredondo. En esa entrega se incluyen el prólogo de Huberto Batis al disco de *Voz Viva de México* de la UNAM, que registra uno de los más hermosos cuentos de I.A. -acaso el más difundido-, "La Sunamita", en voz de su autora, un poema de Jorge de la Luz, textos de Juan José Gurrola, Gustavo García, Juan Carvajal y Juan García Ponce, líneas luminosas éstas que figurarán, en sitio primerísimo en una Recordación que tiene

proyectada la Coordinación de Difusión Cultural del H. Ayuntamiento de Veracruz y que se realizará en el bellissimo espacio facilitado por el Archivo y Biblioteca Histórica de ese puerto. En esa misma entrega del suplemento cultural del periódico "Unomásuno", se incluye un texto inédito de Arredondo, *Las fu-*

*rias, de Guido Piovene* con una advertencia de H.B., director de esa sección: "Como un *divertimento* Inés Arredondo me contó a Piovene en esa carta, seguramente entregada a mano, de 1966. Yo la quería reclutar como reseñista para la *Revista de Bellas Artes*".

Juan Vicente Melo

